

Nº. 25

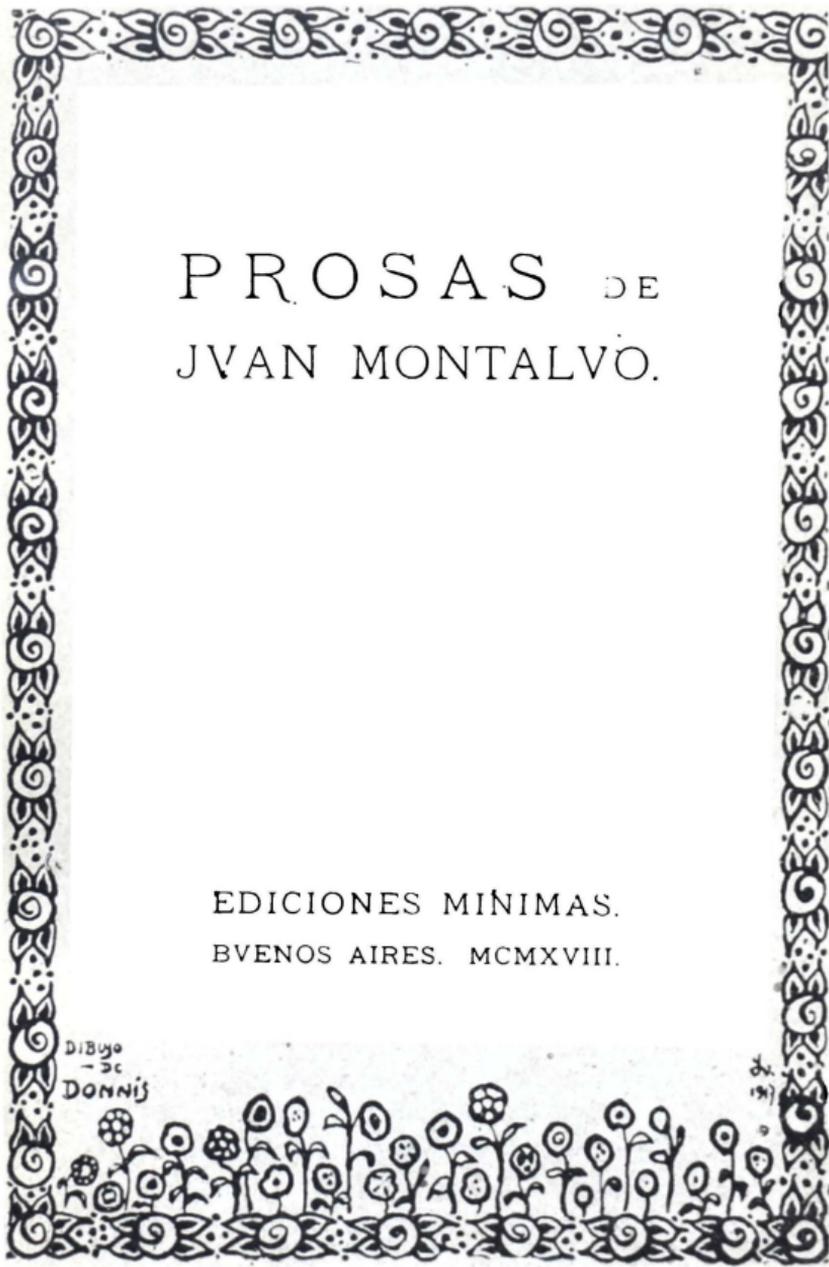
EDICIONES MINIMAS
CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Director: Leopoldo Durán

JUAN MONTALVO

PROSAS

BUENOS AIRES
1918



PROSAS DE
JUAN MONTALVO.

EDICIONES MÍNIMAS.
BUENOS AIRES. MCMXVIII.

Dibujo
- de
DANNIS

1918

Juan Montalvo nació en Ambato (Ecuador), el 13 de abril de 1832. Apenas entrado en la adolescencia comenzó a desarrollar las nobles inclinaciones de su espíritu, entregándose al estudio de la antigüedad clásica y al conocimiento de las principales obras filosóficas y literarias de sus contemporáneos. La posesión de este bagaje acreció el acervo que aportaría a su obra futura, vigorizándola en forma depurada y perfecta. Tenía veinte años cuando publicó sus primeros artículos en un hebdomadario de Quito, y desde entonces no desmayó nunca su pluma de escritor y polemista. Atormentado por el infortunio de su patria al verla conducida hacia la abyección moral por las violentas y sombrías dictaduras teocráticas que se sucedían, dignificó su vida combatiendo a los tiranos, y desde su destierro de Ipiales, en Colombia, marcó la ignominia con el mordicante indeleble de sus doce CATILINARIAS. La intolerancia dogmática de los torturadores de conciencias que invocan una doctrina de amor; el boato de los parásitos que predicán la renunciación a las riquezas, y la soberbia de los hipócritas panegiristas de la humildad, hallaron en él un

severo juez. Las páginas candentes de MERCURIAL ECLESIASTICA resplandecen por su levantada intención. Pero es en los SIETE TRATADOS donde Montalvo desenvuelve sus facultades imaginativas y creadoras. Leyendo esos ensayos admiramos primeramente los primores del estilista cuya prosa tiene sabor un tanto arcaico y sorprendenos después la portentosa erudición atesorada en sus lecturas y prodigada en sus conocimientos lengüísticos, sus reminiscencias históricas, sus teorías estéticas e inducciones morales y filosóficas... En suma, este escritor y moralista que llevó a muy alta perfección la lengua castellana, rindió su vida en Paris, el 17 de enero de 1889.

Publicó los siguientes libros: SIETE TRATADOS, MERCURIAL ECLESIASTICA y CATILINARIAS. Redactó las publicaciones periódicas tituladas: EL ESPECTADOR, EL COSMOPOLITA y EL REGENERADOR. Escribió cuatro obras dramáticas: JARRA, LA GRANJA, LA BEATA y EL DESCOMULGADO. Después de su muerte aparecieron: CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES y GEOMETRÍA MORAL.

DE LA BELLEZA EN EL GÉNERO HUMANO

I

LA ADOLESCENCIA FEMENINA

La adolescencia, en el sexo femenino, ofrece admirables ejemplares de belleza: esa agraciada persona que sin ser mujer hecha y derecha todavía, ha dejado de ser niña, da una idea remota y vaga de lo que fueran los ángeles en situación de estar asomándose al amor y la malicia, si malicia y amor culpable no fueran gajes, muchas veces funestos, de la tierra. Mirad esa joven erguida con el donaire y elegancia que da su paso de princesa, alta la frente, ingenua la mirada, como quien endereza su camino hacia el trozo que le han erigido las Gracias en la cumbre de la felicidad. Los catorce años, derramándose en flores y rocío por toda ella, le concilian esa frescura primorosa con la cual ha de sazonar luego el fruto de la vida: la cabellera, dividida en dos madejas rubias, se le cuelga a la espalda y corre por ella hacia abajo cual dos chorros de luz espesada al calor de la sangre: la tez sirve de capa al líquido viviente que circula repartiendo calor a los miembros: en las mejillas hace alto este perpetuo viajero, y arde un instante, aprovechándose del fuego que allí tiene depositada la vergüenza. Los ojos, no enturbiados aun por esas lágrimas que son testigos de dolores criminales,

miran francamente, y en el centro de ellos estamos viendo la prefiguración de la suerte de esa niña, si feliz, si desgraciada. Cuando sonríe, el arco iris, reducido a proporciones pequeñuelas, está acreditando su presencia con las curvas en que se mueven esos labios: cuando se ríe, la música del paraíso, música perdida junto con la inocencia, oímos brotar de pecho humano y salir por una garganta en gorgoritos que nos hartan de armonía los oídos, de alegría el corazón. El pecho no provoca aun con esos blancos panecillos coronados de fuego con que han de producir en nosotros mil delirios: a esa edad, el pecho de la mujer es altar inconcluso, no consagrado por el sacerdote de la malicia, cuyo ídolo permanece dormido entre cortinas nunca abiertas. Pero así, nadando en un océano de inocencia, esa niña es hermosa: la admiramos sin codiciarla, la amamos sin mancillarla con malos pensamientos, pero le estamos envidiando al mortal dichoso que ha de plantar en ese corazón el árbol de la vida, ese que suda lágrimas, gime al viento del mundo y da fruto de dolores perpetuos después de tal cual manzana de felicidad.

II

EN LOS SERRALLOS

La belleza es idea abstracta, sujeta a los sentidos: así como el filósofo Simónides interrogado por Hierón nunca acertó a definir a Dios, así nadie será capaz de manifestar en lo que consiste la belleza. Belleza material es lo que simpatiza con los ojos y llena el corazón, pudiéramos decir; pero éstos son efectos de la belleza y no la belleza misma. ¿Por qué son bellas una pintura, una estatua, una mujer? Porque nos agradan: está bien. Ahora, ¿por qué nos agradan? Porque son bellas. Ni sabio ni poeta saldrá de este círculo vicioso dentro del cual se están

desenvolviendo perpetuamente los misterios de la hermosura y el amor, sin que nos puedan ser revelados en ningún tiempo. Si decimos que la belleza consiste en la perfección, volviéndonos un paso atrás veremos que la perfección misma no es sino la belleza. Belleza, armonía inextricable de mil voces, conjunto de facciones acomodadas artísticamente por el sabio invisible que pergeña en el seno de la nada las obras maestras; universo donde concurren todos los elementos de que Dios hizo los ángeles y los hombres, pero dispuestos de tal modo, que si lo vemos y lo palpamos, no nos es dado averiguar ni descubrir la naturaleza de cuestión tan fácil para la vista, como difícil para la investigación y la fórmula con la cual nunca daremos. Blancura y suavidad del cutis: viveza, tamaño y resplandor de los ojos: lineamentos atrevidos y elegantes en la nariz: esponjosidad voluptuosa y sangre hirviendo en los labios: mejillas de curvas levantadas adonde la rosa vuela en pensamiento y se imprime por obra del espíritu que tiene a su cargo la gracia femenina: cabello abundante, ondeado y luen-go, que así parezca manto natural con que la mujer cubra sus primores, desde los hombros hasta la panto-rrilla: ceja arqueada, cuyo rabo está apuntando a las sienes con poética ufanía: cuello alto, recién salido del torno aéreo donde el amor labró el de Berenice, el de Estatira: pecho que parece vestíbulo del templo dentro del cual los dioses están entregados a los juegos florales, saltando desnudos, medio locos de consumidora licencia: porte donairoso, paso regio, movimientos de Musa que cansada de la austera virtud, está ensayando tímidamente la seducción y la malicia: sobre esto una blanca, apretada gordura, de esas que resisten el atrevido pellizco; de esas de las cuales nadie da fe, si las Gracias no le han iniciado en los misterios de la soledad y la dicha; tales son los caracteres de la belleza en general aunque los pueblos difieren de concepto en varias partes de la tierra, siendo tachas para unos lo mismo que son timbres para otros. Las naciones civilizadas de Europa y las que de ellas se derivan tienen un solo modo de mirar las cosas: no así los turcos, verbigracia, para quienes frisan con la perfección las mujeres que, no estoy en un tris de pensarlo, causan despego en nosotros. La abundancia de carne y grasa es toque de alta belleza para los musulmanes; y tanto más bellas sus

mujeres cuanto más obesas y enormes. A esta cumbre llegan fácilmente con el escaso movimiento de su vida sedentaria y ociosa, encerradas en las cuatro paredes del serrallo, aspirando las flores de sus jardines, deleitándose con la miel de sus abejas. No obstante, a nadie que no tuviese el corazón a la jineta dejarían de volverle loco esas odaliscas de tres a cuatro lustros que hartamente tienen en su persona de las huríes del Profeta, déidades puestas por Alá en los Campos Eliseos para recompensa de los fieles que prevalecen por las virtudes en el mundo. Una Zoraya de diez y siete abriles, con su pantalón abombado de raso purpurino, que frunce y estrecha al tobillo por medio de un agarrador de Hevila: la chinela de grana cuya capellada bordada de hiló de oro está figurando las travesuras del niño ceguezuelo: la chaqueta compuesta por unas Aracne de Stambul, que sirve de cárcel a esas tórtolas blancas sujetas hasta medio cuerpo: la manga anchísima que flota en pomposo vuelo no más abajo del codo: la manecita de ninfa de la fuente ajustada en la muñeca por el brazaletes sembrado de rubíes: la uña sonrosada, la yema del dedo como si brotara sangre: las mejillas ardiendo en llamas prohibidas: los ojos de resplandor siniestro... siniestro, porque la pérfida está pensando en la manera de huir de su encantado calabozo e irse con su amante a despecho del sultán y sus guardianes: esta mujer, digo, es uno de los modelos más cumplidos de la belleza en el género humano. ¿Qué maravilla? su dueño la obtuvo de un rico bajá, quien a su vez la había comprado a un viejo musulmán que la trajo de Circasia.

Ahora ved si el serrallo de Ispahan abriga más beldades que el cielo de los musulimes contiene seres femeninos, de esos cuya profesión es el amor y la felicidad de los bienaventurados. Zizi, la bella Zizi, ganó el primer premio en la exposición de hechizos que el gran Sofí mandó prevenir en la capital de su imperio. Zizi es oriunda de Georgia: sus padres, magnates de esa tierra, se prometen la honra de ver a su hija de sultana, y bien adornada con el oro y las pedrerías de Zafir, la envían a presentarse a los ojos del príncipe. Vino, vió y triunfó la bárbara hermosa, cual César de corazones, contra la cual nadie da batalla que no quede vencido y prisionero en la red de miradas y sonrisas que le tien-

de allí a su propia vista. Zizi deslumbra con las preseas que trae sobre sí y los primorosos vestidos que la cubren; pero el amor, como la verdad, es desnudo: preciso es dejar a un lado esa elegante carga, y encomendar a la limpia y pura naturaleza el éxito de su causa. Sus ojos están resplandeciendo tras el pudor que les obliga a bajar los párpados de cuando en cuando: sus mejillas son fragua donde chisporrotea la vergüenza en lucha con el deseo: su boca es puerta por donde se atropellan mil amorosos ayes: la garganta es en ella parecida al muslo del dios de los amores: el seno, descubierto, es todavía prominente, a pesar del encorvamiento delicado con que esa mujer divina procura ocultar los secretos más recónditos de la hermosura: los pechos, erguidos, parecen dos trozos de mármol en forma de pan de azúcar pulidos por el cincel de Polycleto: las curvas de su vientre desafían a la comba del arco de Cupido: las caderas se levantan en promontorios alomados, por cuyos derrames suben y bajan los Genios del placer: el muslo, grueso, blanco, de redondez perfecta, va adelgazando hasta los hinojos: la corva es un abismo profundo entre dos gorduras, la de arriba, y la de la enorme pantorrilla que asombra por su riqueza, deleita por su pulidez, y conmueve horriblemente por los caudales de voluptuosidad que de ellas corren a inundar los sentidos. El pie es levisimo: náyade no lo sienta en los dorados guijos de su fuente ni más pequenuelo ni más blanco.

Esta es Zizi, la reina del harén. Bella es, pero no sin rival: allí está Dalís disputándole la palma en el corazón del sultán. Dalís descuella por la estatura y el *donaire*: alta, garbosa, rubia, se parece a Diana cuando está bañándose desnuda en un recóndito manantial de la selva sagrada. Si la miráis con ojos indiscretos, convertiros ha la diosa en ciervo, y devoraros han vuestros propios perros. Dalís no deja el cetro sin pleitarlo palmo a palmo: Dalís tiene ojos para ver, y como ellos son azules, del color más limpio de la bóveda celeste, cada mirada suya es una inspiración divina. Su mata de pelo, admirable: aunque en orden, ni los dioses incorpóreos pudieran romper por esa perfumada maraña; así es de tupida y abundante. Dalís no ostenta en sus miembros el volumen de una turca vencedora; pero está lejos de pecar por esa delgadez helada de que huye la divinidad

golosa que se llama lascivia, divinidad satánica, más hambrienta, mientras más repleta. Dalís no es flaca: dígalo el brazo hacia el hombro si tiene el manjar suficiente para el amor convertido en dragón insaciable: dígalo el pecho, mullida cama de deseos; dígalo la boca, estrofa de Anacreonte encendida en el aliento de Safo: díganlo esos ojos, hervidero de malos pensamientos que brotan afuera en chispas invisibles y meten fuego al alma de los que están delante de ella en maravillado silencio.

Dalís no tiene competidora, sino es Zizi: Zizi a nadie temiera si no estuviera ahí Nardina. Esta sí que le vuelve loco al marido común a despecho de todas las demás: esos ojos de gacela, como dicen los poetas árabes, contienen un mundo de seducción y gloria para el dichoso mortal que ha ganado tal corona en las justas del amor. Nardina está celosa: en dolor no articulado, su cabeza gravita melancólicamente sobre el seno: dos hilos de lágrimas descienden lentos y le bañan las mejillas: las manos están colgando de indolencia que no es sino pesadumbre sin esperanza de remedio. Raddin Ined, Raddin Ined, he allí tu obra. Esas beldades y otras muchas, tuyas son; esos corazones henchidos de amor y deseo tuyos son; esos senos esponjados con los suspiros impetuosos del cariño, tuyos son: tuya la luz de esas pupilas, tuyo el carmín de esos labios, tuyo el aliento que por ellos sale impregnado de los olores del alma. ¡Ah, cruel! ¿qué órdenes son esas? ¿por qué pones el látigo y el hierro destructor en manos de ese feo negro, ese monstruo que llamas tu primer eunuco? Mira cómo las toma a media noche, las despoja de sus vestidos, las aherroja... ¿Has oído, miserable, el chasquido del azote mezclado con los gritos de tus víctimas? Esas carnes están inundadas en su propia sangre: esas manos, atadas, no pueden implorar misericordia: esas lágrimas corren sin esperanza de compasión ni de perdón. ¿Qué te hicieron tus queridas, tus mujeres? ¡Gran Dios! el primer eunuco ha descubierto tres mancebos en la alcoba de esas pérfidas: levanta el brazo, castiga, extermina; duda de ti mismo, entrega tu alma al diablo, sultán dichoso, cuando sepas que no te amaron ni un instante. Amarte, ¿y cómo? no fuiste su consorte, sino su dueño; no su amigo, sino su tirano; no su salvador, sino su verdugo.

El corazón es águila: gusta de la libertad; en espacio irrestricto se bebe los aires y se encumbra al firmamento. ¿Dirás por ventura que a esa Zizi, esa Dalís, esa Nardina las habías ganado por el amor y la seducción? Si tú las compraste, no es mucho que ellas te hayan vendido. Sabe que la correspondencia es obra de voluntad, no de mando ni tesoros.

III

LA DESNUDEZ

Venus, diosa de la belleza, desnuda brota de la espuma del mar; Tetis, ni por cursada en todo género de primores, deja de admirar el fruto de sus entrañas, y da un ¡ay! profundo de alegría cuando ve toda formada a su hija comparecer y recibir los homenajes del sol, bañados de luz sus divinos miembros. Las estatuas griegas de Corinto, los restos admirables de los tesoros antiguos que hoy guardan con amor los museos de Roma, Nápoles y Florencia, ninguno trae sobre sí vestido ni cosa que hurte a los mortales las perfecciones acabadas de esos cuerpos. Verdad es que la naturaleza, si nos pone desnudos en la tierra, parece estar prescribiéndonos el vestido con esta afición indefectible que llamamos pudor, o ahinco de ocultar lo que no quisiéramos fuese visto ni en pensamiento por nuestros semejantes. Razones positivas y materiales militan además por la ropa que nos cubre, y son la falta de toda defensa natural, la delicadeza de la piel, la nimia sensibilidad que nos hace encogernos como la mimosa al menor ruido de la atmósfera, digamos así, poseídos de una afición que tanto tiene de física cuanto de moral, siendo como somos heridos en la carne y el espíritu. Desde el pontífice de los animales, ese personaje grave y majestuoso que se va paso entre paso rom-

piendo con la trompa las breñas de las selvas africanas, hasta el perro, el más humilde y sufridor de los seres vivientes, no hay uno que no tenga en sí mismo el resguardo necesario contra las intercencias del aire y los rigores de las estaciones. El cuero espeso y bronco del elefante es caparazón impenetrable, que así resiste los ardores de la zona tórrida como los hielos del norte. El león viste su greña, que cual muceta grandiosa le comunica seguridad y arrogancia en torno al cuello y la cabeza, mientras el tupido pelo le cubre los miembros prepotentes. El jabalí está vestido de cerda inquebrantable, a modo de loriga, donde se amocha la saeta. El caballo no teme el frío ni el calor. La oveja carga consigo blanca estufa que calienta sin fuego, y se opone a los rayos encendidos del sol. ¿Pues las aves? Mirad esa pluma con que el águila se levanta y posa en la cima de los Alpes, sin advertencia a la nieve ni al cierzo helador que no sufre vegetación en sus dominios: manto impermeable, debajo de sí mantiene la temperatura que ha menester ese forajido de los montes; y cuando abiertas las alas se tiende de barriga en medio de su balanza propia, y rompe vientos y se bebe mundos, ellas mismas van fraguando el céfiro que le sirve de contrarresto a la cadencia del astro hacia el cual va remontada. Ni el miserable habitante de las cavernas, el húmedo murciélago, adolece de falta de ropa natural: esa lana sutil, odiosa a nuestra vista, es suave franela para el hijo de la obscuridad y el frío. Todos, todos los seres vivientes reciben de la madre naturaleza lo que han menester para el abrigo, no que para la vergüenza: el hombre, el hombre sólo viene al mundo con ese cutis fino y terso donde el hielo hace estragos y el calor produce incendios que le afean y descomponen. Entre los salvajes del Amazonas hay tribus tan desheredadas e infelices, que aun no conocen el uso de la ropa: el sexo femenino, principalmente, anda del todo descubierto, donde el otro apenas lleva un taparrabo sin eficacia ni primor. Los negros del África central, impúdicos por ignorancia, atrevidos por necesidad, gustan por extremo de la desnudez absoluta; y aun en pueblos civilizados esta raza suele ser propensa a infracciones de las cuales pudicia recibe daños irrisarcibles. Los negritos de uno y otro sexo, en las ciudades cálidas de Sud-América, andan desnudos, y se arrastran junto con los marranos en sus revolcaderos. Pero esto es

gloria para con lo que no pocas veces hemos visto nosotros mismos en pueblos cultos que por ningún caso debieran sufrir esas transgresiones brutales con que algunos individuos dan en rostro a la honestidad pública y las buenas costumbres. Los bogas de ciertos ríos echan de sobre sí el último harapo, y graves como el dios de esas regiones silenciosas, andan de popa a proa apaláncando contra la corriente. Habrán por ventura algunos viajeros reparado en el negro del istmo de Panamá, cómo está subiendo una colina, la piel de su cuerpo resplandeciendo al sol mientras la locomotora pasa con su temblor ruidoso por los bosques medio rendidos ya a las armas de la industria y el comercio. En estado de naturaleza los hombres tienen apego insuperable a la desnudez: cuando la civilización alborea en el horizonte, echan mano por las bragas, y esperan, de medio abajo vestidos, que la religión y las artes vengan a ponerles la camisa.

Desnudos vivieron en el paraíso terrenal nuestros primeros padres, sin frío ni bochorno, y lo que suena mejor, sin vergüenza ni peligro. Mía fe, hermanos en Adán, que ni nosotros, con ser la sensitiva, hubiéramos necesitado franela, camelote, paño ni lienzo de ninguna clase: la espada del ángel del Señor, encendida en la gloria eterna, daba de sí un calorillo vivificante, que era una primavera ese dichoso clima. Pero avino que una sabandija sacase un día la cabeza de entre un montón de hojarasca que allí estaba debajo de un cinamomo, y le clavase a nuestra madre Eva unos ojillos como carbunclos de luz fascinadora. Arrastróse luego, y en graciosas sortijas se fué desdoblado y extendiendo afuera, calladita, como quien se apercibe para el asalto. ¡Y digo si era linda la enviada de Satanás! Los colores del iris, cambiados y revueltos, la adornan de la cabeza a la cola y la convierten en camaleón encantado. La hija de la inocencia, al aire sus más íntimos primores, no tuvo miedo; ni este afecto, ruinoso en ocasiones, salvador en otras, había nacido. La enviada de las tinieblas se la acercaba haciendo dengues: “¡Psit! le dijo, ¡hermosa eres! ¡cómo te llamas, vida mía? — Eva me llamo, para servirte: ¿y tú? — Yo soy la Rosarito Veintimilla; pero allá abajo me llaman la serpiente: buena amiga, nada chismosa, inclinada al bien del prójimo. ¿Quieres

esta manzana? mírala cuán redonda, madura y suave: no te hace daño: tómala". La ingenua señora tomó, olió, probó, le gustó, comió. Adán vino y le dijo: "Qué has hecho, mujer?—He tomado de esta fruta, Adán: está buena: pruébala y verás". El inocentón tomó, olió, probó, le gustó, comió. Al otro día el hombre dijo a la mujer: ¿Por qué te has cubierto con esa hoja? y la mujer dijo al hombre: ¿Por qué te has cubierto tú también? La vergüenza había nacido: el vestido estaba inventado.

La pintura es más honesta que la estatuaria. Desde luego a ningún artista le ha ocurrido hasta ahora figurar vestidas a las tres Gracias; pero, bien así los retratos de las beldades antiguas como los de los héroes, todos tienen cubiertos los miembros, y de entre la púrpura que de los hombros se descuelga abajo arranca divinamente la cabeza. Los griegos rendían una como adoración a la desnudez: Aristóteles tributaba a su mujer Pithia el propio culto que sus contemporáneos a Céres Eleusina. El filósofo fué acusado de esta impiedad, pero no fué artículo de acusación el que la adorase desnuda. Eros y Antéros, Genios del amor, desnudos salían de sus fuentes a las evocaciones de Jámblico, le abrazaban las rodillas, y se volvían al agua conforme se lo mandaba el mágico. No he sabido que Cástor y Pólux se hubiesen presentado en Roma con el capotillo corto, la trabea, el paludamento o casacón, chambergo hasta los talones: desnudos se aparecieron en la ciudad augusta y dieron sus avisos proféticos. Los juegos en los cuales Niso y Euríalo se llevan la palma, no se efectúan con los miembros debajo de la empachosa levita ni la ridícula casaca, si ya Virgilio tuvo conocimiento de estas extravagantes piezas: pues digamos que habrán luchado a la carrera con pantalón esos muchachos, hermosos como la luz, veloces como el viento. Brillando están sus miembros con el aceite benéfico que da suavidad y ligereza: la blancura de sus carnes les proporciona aspecto de cisnes encantados que vuelan en medio de la ansiedad y los aplausos de los circunstantes: la negra mata de pelo va flotando por los hombros y la espalda: ¿cuál ganará? ¿si Niso, si Euríalo en ese torneo de habilidad y gentileza? Esto no hace a mi propósito, sino admirar los graciosos lineamentos de esos cuerpos desnudos, la suavidad encantadora de esos contornos primorosos.

LA FLOR DE NIEVE

En el año de 1863, un naturalista ruso llamado Anthoskoff se encontraba en la Siberia septentrional, después de haber recorrido el Cáucaso, siguiendo el hilo de ciertos secretos de la ciencia, que él tenía en el ánimo sacar a la luz del mundo. Esas comarcas desdichadas no conocen la vegetación, ni los ojos del viajero hallan nunca sombra de árbol donde se pongan en cobro del resplandor hostil que los persigue. El haya, hija de hierro de la roca fría, se detiene en las pendientes de los Montes Urales, sin atreverse a dar un paso hacia las planicies áridas donde reina el hielo, describiendo con su cetro un círculo aterrante alrededor del polo. La yerba es desconocida para esa tierra: ni el verdor de las plantas gramíneas, ni la amarillez de las flores silvestres comunican a el alma esa como alegría o esperanza que aun los degraiciados suelen concebir misteriosamente en el regazo de una bella, amable naturaleza. La paja silbadora, el frailejón solitario y triste de los altos páramos sirven de placer y consuelo, si contemplamos en la aridez mortal de esas regiones. El sol las mira desde lejos, y se vuelve desconfiando de ellas; el calórico, sangre invisible de la naturaleza, no tiene cabida en ese limbo descubierto, donde impera el frío, dios enemigo de la vida. Ni plantas ni animales: alguna vez una sombra rápida cruza a lo lejos ese mar empedernido, y se desvanece a mayor distancia: es el rengífero que pasa de un abismo a otro en busca de un amor imaginario o el alce que va huyendo de un fantástico cazador que le persigue en sueños. El hombre mismo, animal de todos los climas, no habita la Siberia septentrional. El groenlandés salvaje, el kampchadal helado, el lapón cu-

bierto de pieles se agencian sus moradas debajo de la nieve; en sus oscuras yurtas viven y se juzgan felices: la Siberia septentrional es todavía más ingratable que la Groenlandia, Kampchaka y la Laponia. Allí no hay bosques en cuyas profundidades faunos y silvanos persiguen a las ninfas; ríos que humedecen la tierra y la excitan a dar fruto; fieras que dan testimonio de la vida, bramando de cólera o mugiendo suavemente de placer; aves que llenan de música los árboles y vuelven nuestro planeta un globo de armonía.

¿Qué pasos lentos van retumbando por allá? Es el elefante que rompe la selva con su movimiento de rey majestuoso, y se dirige a beber a orillas del Lualaba. Ruge el león y comparece infundiendo terror a todo ser viviente con esos ojos encendidos: el tigre, agazapado al pie de un tronco, está acechando al boa que se viene con su meneo formidable: manadas sin cuento de monos llenan de ruido los vetustos robles: un orangután gigantesco, recto como persona, camina paso a paso con semblante meditabundo; bandadas de loras y guacamoyos atraviesan la atmósfera con grito colectivo que asorda todo un continente: culebras de mil colores van haciendo eses por el suelo, o prendidas de las ramas por el extremo de la cola se están columpiando por el aire. El sol resplandece y abrasa; el cielo se halla limpio, su azul purísimo se derrama desde el cenit, y desaloja las nubes hasta más abajo del horizonte. Esta es el Africa, cuna del fuego, asiento preeminente de la zona tórrida. No es así la Siberia septentrional: despoblación, tristeza, silencio vasto y profundo son caracteres de esa tierra desventurada. Allí no hay sol sino cuatro meses al año: la noche es de dos mil quinientas horas; noche larga, horrible, durante la cual Muerte anda devorándolo todo, invisible en medio de la palidez oscura que envuelve ese hemisferio. La rosa no se abre ni sonríe a la luz que comparece alegre por atrás de la montaña; la azucena no tiene sol a quien provocar con su voluptuosa elegancia; el clavel no arde en su pura rubicundez, porque no hay fuego que lo encienda. La sangre de la tierra, cuajada en esas partes, las priva del movimiento; el alma del mundo, retirada de ellas, las dejó cadáveres. Fuego, santo fuego, símbolo de la vida, tú eres principio y sostén del universo: sin ti no hubiera

luz, sin ti Dios mismo no ardería en su inmortalidad eternamente. Dios está tras las llamas devorantes del Africa: fuego es poder, y Dios todo es fuerza. Dios está sobre la luz del Ecuador: la luz figura la inteligencia, y Dios todo es inteligencia. En la mansión helada de la muerte no está Dios, porque Dios es vida, vida alta y profunda, vida eterna. En la Siberia septentrional no está Dios.

¿Qué estás diciendo ahí, blasfemo? Su imagen se presenta en la bóveda celeste, y fulgura con divinos resplandores: inocencia, amor, felicidad animadas por el aliento del Todopoderoso, teñidas por esos sus ojos que las miran, están acreditando su presencia. La aurora boreal, en las regiones septentrionales, es la sombra de Dios: fenómeno desconocido para nosotros, es la incarnación más bella de las leyes naturales. La Soberana esencia, vista en delirio por poeta que hubiese perdido la razón a puro amor divino se le presentaría en forma de aurora boreal. La aurora boreal es música de otro mundo cuajada en los colores del arco iris: es oleada de poesía cristalizada en el horizonte, que está brillando suavemente por los cien lados de un prisma fabuloso. Aurora boreal, malicia de la inocencia, beatitud de la naturaleza adormecida por dolor profundo, tú eres espejo en el cual los míseros habitantes del círculo polar están viendo esa promesa de perdón con que el Altísimo los consuela. Aurora boreal, asomo vago de felicidad, puerta lejana de la gloria, tú eres humilde, pero feliz suplente de la luz del día. Aurora boreal, alma tranquila del sol, alma desnuda de sus rayos, tú eres la patrona del Norte, tú le protejes, le salvas cuando él se retira y le abandona. Feliz recobro de las desventuras de ese clima, este hermoso fenómeno es muy común para los hijos del septentrión: la aurora boreal les proporciona uno como día, o si decimos, espíritu sin fuerza, ensueño feliz de sol dormido que llena de alborozo y esperanza a los míseros que, hartos de obscuridad, levantan la cabeza en su larga noche, y aspiran esa brillante memoria de la luz como alimento de la vida.

Anthoskoff, sabio moscovita, después de largos y penosos viajes por las Montañas Rifeas, llegó a la Siberia septentrional. Desembocando en un mar de nieve, se detuvo de improviso, poseído de admiración, experimentando en el alma placer de esos que suele propor-

cionar la sabiduría únicamente. Hay en un autor alemán una historia de lo más extraño: Dos naturalistas han cultivado desde la infancia amistad que no le va en zaga a la de Píldes y Orestes: siempre juntos desde niños, estudiaron, vivieron, se engrandecieron con la fama, sin que discrepasen jamás en la menor cosa. Un día, infatigables en el estudio práctico de la naturaleza, viajando por un monte, hallan un insecto desconocido, hacen un descubrimiento: la ciencia va a recibir alborozada este recién venido. ¿Cuál de los dos le vió desde luego? ¿Cuál le tomó? ¿Cuál hizo notar que esa mosquita resplandeciente no estaba en ninguna de las clasificaciones científicas? Ni Linneo, ni Cuvier, ni Buffon la han conocido; es cosa nueva, admirable: ¿á cuál la palma? ¿a cuál la gloria? Las disputas, porfías, injurias, amenazas, ferocidades, venganzas, desesperaciones; los odios, arrebatos, celos, acometimientos, propósitos criminales que se pusieron entre los dos amigos, sólo Dios en su infinita sabiduría lo puede concebir y graduar. Largo fué el litigio, “¡Pérfido!, le escribía el uno, ¿te atreves a decir que Aimatocare es tuya? ¿y lo sustentas, hombre sin fe ni justicia? ¿Con que la viste, la tomaste primero que yo? ¿Y has de pasar a la inmortalidad por medio de un hurto escandaloso al que te hizo la honra de llamarte amigo y la fineza de quererte como a hermano? Hábil fuiste en el engaño, miserable; te tuve por sincero, y resultas aleve; te juzgué afectuoso para conmigo, y no era el tuyo sino aborrecimiento disfrazado de cariño; te reputé hombre bueno, y vienes a parar en malvado. ¿Qué es sino malvado el que se burla de la conciencia, habla contra verdad y obra contra hombría de bien? Abusas de la sencillez del amigo; en esto eres pérfido. Ocultas o cambias la verdad; en esto eres mentiroso. Te apoderas de lo ajeno; en esto eres ladrón. Pues a uno de éstos, yo le desprecio. Le desprecio por lo ruín y canalla, por lo salteador, me le voy encima, le echo en tierra, le piso, le mato, y junto con la vida le arranco el inestimable objeto de que se llama legítimo y perpetuo poseedor, sin más escritura que la que firma con su puñal el facineroso a media noche... Carlos, amigo, hermano mío, vuélveme mi Aimatocare”.

“¡Infame!, contestaba el otro, el enternecimiento con que das fin a tu carta es ficción que sirve para fomen-

tar el odio inspirado en mí con tu maldad. Amigo me llamas y tus obras, más que tus palabras, están acreditando la enemistad más negra; hermano, y andas en busca de la quijada del asno con que piensas asesinar-me. No soy hermano ni amigo tuyo, porque soy hombre de bien y cultivo la moral: tu amigo es el ladrón de caminos, tu hermano el rufián de ciudad: el verdugo es tu amigo y hermano, y el patíbulo el lecho donde él y tú dormís juntos. Aimatocare... ¿no sabes que Aimatocare es mía? Arráncame los ojos, exprímeme el alma, quítame la vida; Aimatocare no será tuya jamás. Aimatocare... Este divino insecto era, sin duda, el objeto de esas aspiraciones vehementes que me agitaban, causándome los dolores misteriosos de los cuales en vano procurabas aliviarme. El vacío profundo de mi corazón, ese anhelo inmotivado de mi espíritu, los arranques vertiginosos de mi pensamiento, la angustia, la desesperación de mi vida tenían, ya lo he visto, causa y fin. Poseo, poseo el objeto de mis ansias; mis ambiciones están cumplidas, mi alma satisfecha. Aimatocare es mía: ni todos los reyes coaligados contra mí podrán arrebatármela. Y tú, mezquina y baja criatura; tú, salteador de encrucijada; tú, desleal y perjuro, ¿tú piensas privarme de ella? Te he ofendido, pobre amigo; te he cubierto de vilipendio en esta carta. Teodoro, las lágrimas me están corriendo por las mejillas: los insultos que acabo de hacerte me matan de vergüenza: compadéceme, perdóname; pero no me vuelvas a hablar de Aimatocare; con esto me privas de la razón. Casa, fincas, títulos, todo cuanto poseo es tuyo: nos repartiremos mis bienes de fortuna como dos buenos hermanos. De Aimatocare, no me hables, te lo repito. ¿Puede nadie exigir a su amigo que le entregue su esposa? ¿Pondrías tú la tuya en mano del que la estuviese codiciando? Aimatocare es para mí más que mi mujer, más que mi honra. Deliras, infortunado, si piensas disputármela: te arrancaré el corazón con un puñal buido, te ahorcaré con mis manos... Teodoro, Teodoro, loco estoy”.

Esta pasión científica, este amor frenético por los secretos de la naturaleza, nos parecerán inverosímiles a los hombres desprovistos de la sensibilidad de la sabiduría; y en realidad es una de las pasiones más violentas.

tas que pueden caber en pecho humano. Sabido es que Arquímedes se dejó matar, por no distraer su espíritu del problema que estaba a punto de resolver: muchos sabios se olvidan del alimento cuando están embebecidos en sus lucubraciones. Los cuentos fantásticos de Hoffmann no se fundan en la imaginación puramente: casi todos ellos se levantan sobre teorías respetables, o sobre hechos reales y positivos. Los dos sabios que se vuelven enemigos mortales, disputándose un insecto, no se pleitan el insecto mismo, mas aun la gloria de su descubrimiento: cosa muy puesta en razón, que vemos cada día en el mundo de las ciencias y las buenas letras. El Tasso anduvo fuera de sí, desesperado, medio loco, porque imaginó que su poema iba a salir a luz con nombre distinto del suyo. Robarle al Tasso su *Jerusalén libertada*, allá se hubiera ido con robarle el alma; la poesía es el alma de los poetas. ¿Y digo si Phidias hubiera quedado contento de que su Minerva pasase a la posteridad como obra de un rival aborrecido? En las ya citadas de Hoffmann hay una historia de un lapidario que comete más de cincuenta asesinatos misteriosos, por volver a apoderarse de las preseas que él mismo había vendido, o que le habían mandado hacer. El móvil de esa sed de sangre no era codicia, sino amor a la obra primorosa que había salido de sus manos. Y, quien lo creyera, el maestro Cardillac es personaje histórico: las muertes de que habla el autor alemán ocurrieron positivamente. Recreábase tanto el lapidario en sus hechuras, embelesábale su perfección con tal extremo, que no podía vivir sin poseerlas. Tan luego como entregaba una joya, se valía de cuanto ardid cabe en la astucia del hombre para volver a apropiarse de ella. En último caso, un homicidio ponía en su poder la prenda maravillosa. Ahí está mademoiselle Scuderi que no nos dejará mentir ni a Hoffmann ni a mí. Los que, viajando a París, capital de Francia, se hallen en el Palacio Real, hagan por saber cuál de esas ricas tiendas habrá sido la del maestro Cardillac. En cuanto al que está haciendo estos recuerdos, no le falta sino advertir que las cartas de los dos naturalistas son de su propio caudal, y no transcritas del libro tudesco, donde no consta sino el germen de esta amplificación. Y con esto volvemos a Anthoskoff, el sabio moscovita, pero no antes de dar a saber a los lectores que Aimatocare era el nombre de pila,

nombre de amor con que los consabidos filósofos habían bautizado a la mosca que tanto pudo. Desde la bella egipcia que trastorna a Salomón, hasta doña Isabel de Segura, no se ha visto hembra más querida que esa pizpireta de Aimatocare. Su nombre científico, puesto en latín por los discípulos de Linneo, lo puede ir a buscar el curioso lector en cualquier entomología moderna: si lo buscare en el tratado de los pájaros del americano Auduon, no lo hallará; pues ya he dicho que Aimatocare no es pájaro sino mosca. Mosquita resplandeciente de cuatro alas: las que le tocan al cuerpo son uno como tul claro, fino: son la ropa blanca, las confidenciales enaguas que forman los bajos de la pulera retrechera. Bajos, en buen idioma castellano, son los centros del vestido, ¡oh vosotros que anheláis por hablar la lengua de Cervantes! Si queréis pruebas, aquí sale por mí don Francisco de Quevedo.

La otra loca perenal
Piensa, cubierta de andrajos,
Que tiene mejores bajos,
Que la Capilla Real.

Los bajos de la Capilla Real son todo ese rico almacén que, bien aplanchado, la vuelve hermosa y elegante los días solemnes, cuando los devotos monarcas van a echar corazón humilde al pie de los altares: son los manteles con blondas de encaje de Flandes que cubren las aras; la blanca pelliz; el alba deslumbrante; el diminuto lavabo. Todos éstos son los bajos de la Capilla Real, así como los tres o cuatro *fustanes* son los de las judías que nos quitan el juicio. ¿Este pillo los habrá contado? va a decir algún mojigato que sabe y no confiesa, o algún santurrón que a fuerza de fealdad y bobería no da noticia de estas cosas. No los he contado; mas sabemos todos por tradición que Clitemnestra se ponía desde luego enaguas de lienzo medianamente suave, hasta sobre la corva; en seguida unas de liencillo asargado con cordones azules gruesos como el dedo mayor, hasta la pantorrilla; después unas de anascote con vuelos de lo mismo, hasta la garganta del pie; y, en fin, unas de *grano de oro* circuidas de encaje hecho a mano de vieja de anteojos, la cual, por más señas, chupa tabaco y ayuna los cuarenta días. Estas últimas enaguas tienen el pri-

vilegio de mostrar las orejas al mundo, y estar oyendo los disparates con que los enamorados de profesión regalan a su dueña. Dicen los malsines que hasta ahora poco nuestras Cleopatras se echaban en lo más recóndito una cosa como pollera de un género como bayeta, la cual suele ser blanca, y algunas veces, para mayor condenación, amarilla. Quédanos el consuelo de que nosotros no hemos alcanzado esos feos tiempos, y de que nuestra inocencia no se hundiría, puesto caso que triunfase la serpiente, sino en abismos de inmaculado virgen lino.

Y nuestro ruso ¿dónde se halla? Tenemos especie de haberle visto en la Siberia septentrional, contemplando maravillado un objeto que está llenando sus ojos y su espíritu. Mas no pasaremos a tratar de él, antes de que hubiésemos concluído de vestir a la linda Aimatocare, camareros y gentiles hombres de esa princesa del monte; Aimatocare, serafín del reino animal, suspiro de poetisa consolidado por el céfiro que descende por los nevados, bajando del arco iris. Las dos alas primeras, como queda dicho, eran de tul fino y transparente, blancas, puras como el alma de un niño de dos santos; las de encima, las principales, al contrario, eran el resumen de los colores y los resplandores juntos, revueltos en inextricable laberinto. Desde la simple línea recta hasta el círculo, obra maestra de la ciencia de Euclides, todas las figuras geométricas estaban allí. Paleta que manejara un ángel para pintar el cielo, las alas de Aimatocare contenían matices y tintes desconocidos para nosotros. La luz, en sus mil secretos con las materias colorantes, había formado un mundo reducido en la figura del insecto prodigioso. Del blanco al negro, pasando por todas las combinaciones, todos los colores hacían figura en esa frágil tela: azul oscuro, azul celeste: rojo subido, sangre de toro: verde vejiga, verde madroño: amarillo tostado, semejante al de las águilas americanas; amarillo claro, como el de las onzas godas: negro súperfino: violado: púrpura de Melibea, de todo había, por menor, en esa arca de Noé de los colores, juguete admirable donde el sol estaba haciendo un nuevo milagro a cada rato. Si las alas blancas le servían de enaguas a la bella Aimatocare, las segundas eran como la casulla bordada de oro con que pontifica el arzobispo; o como el lati-

clave primoroso con que se ennoblecían los romanos en los grandes días de la libertad y los dioses. Aimatocare, tesoro de la ciencia, hubiera sido la corona del gran museo zoológico de Londres, el alma del Jardín de Plantas de Paris. Los dos naturalistas no hicieron mucho con haberse anonadado a puros ultrajes; debieron haberse rompido la cabeza. Antonio perdió el cetro del mundo y la vida juntamente por la reina de Egipto, esa bellaca digna del amor de Júpiter y de Julio César. El hijo de Sofronisco y Fenareta fué el más virtuoso de los griegos, Platón el más sabio, Diógenes el más pobre: Xenócrates, en mi humilde opinión, fué el más tonto de todos: el que no se ha suicidado siquiera dos veces por dos o tres mujeres, no alcanza ni mención honrosa en los Arrestos de Amor. Leandro y Diego Marsilla valen más que el hombre de mármol de la hermosa Lais.

Ahora venga de nuevo nuestro ruso Anthoskoff, el cual, si se ha llamado Ivon, será don Juan, pues habéis de saber que Ivon en lengua moscovita es Juan en castellano. Sucedió por casualidad que fuese 2 de enero el día en que el sabio llegó a la Siberia septentrional. Un océano de nieve se dilata a sus ojos: todo es albo y cristalino; mas si el viajero no estaba dejado del poder del sueño, no era otra cosa que un jardín real y positivo el que tenía por delante. Tallos erguidos, a un metro de altura, sustentan cada uno tres ricas flores en figura de estrella. Esta flor prodigiosa se compone de tres hojas: cinco son sus estambres: mil diamantes diminutos están brillando en sus extremos, diamantes como cabezas de alfiler, donde se mete el iris achicado adrede en culebritas como espíritus casi invisibles, y se mueve a modo de colibrí que no aquietta las alas ni un segundo. Estos diamantes pequeñuelos son la semilla de la planta, semilla que, regada en el Paraíso, hubiera dado una generación de ángeles animados del amor del mundo. Los estambres se entrelazan de mil maneras, y forman un inextricable tejido, que no es sino la red donde se queda presa la sabiduría. Bien así los pétalos como el tallo está propendiendo al Norte, reino de la nieve. Anthoskoff, medio despierto, medio en sueños, temblando de placer, se llega a una de esas plantas, la toca... Un montoncito de polvo luminoso cae debajo de su mano. La flor había sido de nieve, frágil y delicada

como quimera de felicidad que se desvanece al menor ruido. El sabio recogió con mucho trabajo una narigada de ese polvo, y lo guardó como si fuera la viva ceniza de la ciencia, reliquia que liberta de los maleficios de la ignorancia. Cuando volvió otro día a ese campo de azucenas fantásticas, todo había desaparecido: concurso de almas bien aventuradas tornaron a la gloria, después de haber cumplido algún piadoso objeto. La flor de nieve no se produce espontáneamente sino en la Siberia septentrional: rompe el hielo el primer día del año, vive dos más, y muere para doce meses. Anthoskoff, alborozado, feliz con su simiente divina, vuela a San Petersburgo y la siembra en una capa de hielo. La inquietud, el ansia con que esperó un año, no son para descritas. El 1.º de enero el emperador, su corte, la Academia de Ciencias, convidados por el naturalista para ese casto y puro alumbramiento, vieron con sus ojos que el alma de la nieve la había roto y se estaba presentando al mundo. El emperador le echó los brazos al cuello al sabio, y le agració en seguida con el título de conde. Mirad si una rústica flor de la Siberia no ennoblece tanto como la Rosa de oro del Vaticano, o como el Toisón que condecora a los nobles de primera clase. El naturalista Anthoskoff, hombre de humilde origen, es hoy conde Anthoskoff: sus hijos serán nobles desde la cuna y ornato del imperio.

DEL GENIO

I

GENIO E INGENIO

Hombres de ingenio, en Francia, son Luis Veillot, Emilio de Girardin, Julio Verne: ¿acaso a éstos les aplican sus compatriotas el dictado de genios? Genios son Corneille, Racine, Molière; genios Bossuet, Fénélon, Mirabeau; genios Talma, la Rachel, la Malibrán. Mirad qué mundos entre los hombres de ingenio y los genios en la Gran Bretaña: sus oradores de mérito son muchos: ¿con cuál calificativo distinguís de ellos a lord Chatham, *el gran pechero*, ese que se las hubiera tenido tiesas a Demóstenes? Alfredo Tennyson es bardo de ingenio; pero no es el genio, como Byron. Y si a cualquier hábil almirante de los que gobiernan las flotas de la reina de los mares le ponéis en docena con el vencedor de Trafalgar, en vano se habrá levantado Nélon sobre todos los hijos del Océano y mirándolo para abajo, como si su tierra se hallara entre la nuestra y la bóveda celeste. Villeneuve, Gravina, don Cosme de Churraca son oficiales valientes y entendidos: Napoleón en tierra firme, Nélon en el teatro del agua eterna, son genios. Los hombres de ingenio abundan en Italia; los genios allí mismo son raros: entre los de nuestro siglo, no hay ninguno, si no es en la política el conde de Cavour; en las letras humanas, Manzoni mismo, ni por alto, alcanza las proporciones del genio; es hombre superior, eminente; pero no de la talla de Dante, el Ariosto, el Tasso. ¿Y qué atrevimiento es ese de robarle en Alemania a Goethe la mayor parte de sus grandiosas facultades llamándole ingenio a secas? Goethe es un genio, Schiller otro: Enrique Heine es hombre de ingenio, buen poeta. Si ni por notoria queréis apreciar esta diferencia en haciéndola yo, probad a disputarle a Horacio la verdad de ella, y

veamos cómo os tomáis con el padre de las humanidades. “No honréis, dice, con el hermoso título de genio sino al ingenio sublime que se expresa en noble y majestuosa manera (1)”. El sublime, el sublime de Longino es requisito indispensable del genio. El ingenio puede ser: modesto, humilde, y hasta bajo: el genio es sublime, siempre sublime; y sublimidad no existe sin grandioso atrevimiento, fuerza incontrastable, ímpetu irresistible. El ingenio es juicioso, tímido muchas veces: su vuelo no traslimita el espacio de una apocada sensatez: el genio se agita en una como demencia celestial, bate las alas impetuosamente y, encendidos los ojos, se dispara, bien como el rey de los aires desde la cumbre del Atlas, o como el nuncio de Dios atraviesa el universo cual meteoro divino. El genio, puesto sobre su trípode, levanta la frente al cielo, sacude la melena, devora el espacio con la vista y exclama: *Veni creator, spiritus*. El espíritu creador descende sobre él, le ilumina, le posee, y ese mortal divinizado por esa temible visita echa afuera torrentes de inteligencia en forma de poemas, templos, óperas, estatuas, cuadros y batallas.

Para que estas cosas sean grandes, para que alcancen la admiración perpetua del mundo, y se estén allí expuestas en el museo universal como obras ante las cuales el deseo de imitación es osadía, preciso es, quién lo creyera, que en su seno lleven escondida la imperfección que nace del grano de locura que no puede faltarle al genio; ese grano de locura que el mismo Horacio exige como condimento de las obras de alta inspiración, y Séneca requiere aun en la filosofía. El grano de locura de Séneca y Horacio es la pimienta que comunica el mordicante delicioso, tan necesario para la lengua y el paladar civilizado; es la mostaza con que los europeos más descontentadizos dan fuerza y gusto formidable a sus manjares. Yo supongo que el ingenio pulido es leche, miel que recogéis en vuestro panal doméstico: el genio es vino fuerte, pero generoso, productor de embriagueces y devaneos celestiales; carne de león compuesta de manera que pase con agradable furor por el gargüero de sólida contextura, y el estómago bien templado la resista, sacando de ella las vísceras humanas esos jugos creadores de la potencia olímpica. El genio es Musa en-

(1) Sátiras.

furecida: el hombre de genio, si piensa, piensa con profundidad; si padece, padece con intención; si ora, ora con violencia, como la Magdalena: tira para el un lado, y se da contra el polo ártico; echa para el otro, y se estrella contra el antártico: se levanta, y rompe con la cabeza el firmamento; descende, y cae en el centro de las tinieblas. El genio es loco; empero de su locura corre la sabiduría en raudales que bañan e iluminan la tierra. Ingenio no es sino inteligencia aguda; genio es facultad múltiple, compuesta de facultades muchas y muy grandes. El carácter entra en el genio; el ingenio no necesita de él: valor, audacia, don de profecía, entendimiento excelso, voluntad poderosa, sensibilidad exquisita, ímpetu, orgullo, tesón, partes del genio: incompleto sería éste si le faltasen las principales. Sin audacia, no acometiera las obras que acomete: sin valor, su audacia fuera alvosía. Sin don profético, sus aciertos fueran acaso; sus vaticinios, fallidos casi siempre. Sin elevado entendimiento, no anduviera recogiendo por el mundo su gran caudal de ideas. Sin fuerte voluntad, le faltara empuje: sin tesón, nada concluyera. Sin sensibilidad extraordinaria, no sintiera esas cosas que siente, tan terribles unas veces, tan agradables otras. Sin orgullo, no mirara de hito en hito al sol, como el águila; no sacudiera la greña en majestuosa fiereza, como el león: el genio es león, águila, tórtola apasionada, viento encendido del desierto, tempestad del océano, sensitiva que se encoge y oculta al menor ruido de la atmósfera, volcán que vomita fuego, trueno que revienta y va rodando del un extremo al otro de la bóveda celeste. ¿Le convienen al ingenio por ventura estas grandezas?

En el genio hay mucho de irregular y salvaje: mirad esta colina que parece redondeada por mano del hombre: sus derrames bajan hasta el prado en suave declivio: su comba alrededor semeja los abultamientos excitadores de la mujer hermosa. Cubierta está de verde hierba, de entre la cual brotan a saltó de mata florecitas de colores varios, amarillas, azules y purpúreas. Un toro negro, lucio, con su cara de braveza apacible, va subiendo mugiendo lentamente: allá en la cumbre está una vaca pintada, la cual tiege con él sus primeros amores. Doy que al pie de esta culta prominencia corra un arroyo saltando por entre guijos blancos, cubiertas sus orillas de reta-

mas odoríferas; esta colina agraciada, elegante, voluptuosa si gustáis, es el ingenio. Todo es regular y fácil en ella: ni ásperas quiebras, ni bravíos torrentes, ni hayas gigantescas, ni bóreas desencadenados. Ahora ved en la cordillera cómo arranca para arriba esa montaña, rompiendo las nubes que le ponen sitio, y muestra por sobre ellas la frente luminosa! Desde sus faldas principia la aspereza que la vuelve inaccesible; romped por esas breñas: he allí esa grieta profunda en cuyo fondo obscuro se pierde la vista intimidada: el buitre está sentado sobre una piedra grande como una casa, que parece a punto de rodar al abismo: la paja silvestre gime en brazos del viento, víctima de esas caricias heladas con que intenta seducirla y esa fuerza con que la está arrastrando eternamente hacia un teatro desconocido de placeres funestos. Allá, a la distancia, un raudal estrepitoso se desprende por entre quemados pedernales y cae, como las aguas del Aqueronte en las quebradas del Averno. Subid, subid la vista: una banda de nubes le ciñe la cintura, cual si la montaña fuera el monarca de la naturaleza: más arriba, capricho de las cosas, esa reina de la sierra muestra la frente, y los rayos del sol en el ocaso la coronan de luz, llegando a ella en largos chorros horizontales. Este es el genio.

II

EL VIEJO HOMERO

Un anciano está bajando a tientas por un cerro del Atica apoyado en un bordón: paso entre paso, en una hora no ha descendido diez toesas. Cada guiño un tropezón, cada hoyo una caída. Ni un perro le guía al infelice, porque es ciego tan desgraciado que el lazarillo fuera en él boato reprehensible. Por dicha le importa poco que el sol se ponga: oriente y occidente, mañana y tarde, día y noche, todo es lo mismo para él; sus ojos duermen a la luz, y él anda por el mundo a tientas paredes, hijo de las sombras, cuyo seno conmueve con dolorosos suspiros. Llegó por fin a la ciudad: palpando las murallas, cerca de una tienda, supo que estaba donde

oídos humanos pudieran reconocer la presencia de un hambriento, sediento y desnudo, y levantó la voz y cantó un fragmento de poema. ¡El ciego! exclaman adentro; el ciego de la montaña ha venido! Pide pan en nombre de sus héroes; démoselo en nombre de los dioses: Homero es una bendición en todas partes. Y una mujer caritativa sale, toma al viejo, le entra en su tienda, le da de comer y le abriga con sus propias mantas. Al otro día el ciego besó la mano a su bienhechora, se despidió y se fué a cantar a otra puerta y pedir caridad en otra parte. Había trabajado cuando mozo; fué mercader, corrió mares, visitó puertos: el ciego había sudado la santa gota de la actividad humana, buscando la vida, combatiendo a la muerte, ganando terreno sobre la miseria: fuerza intelectual, fuerza moral, fuerza física estuvieron en continuo movimiento en esa persona dotada de todas las fuerzas; y sin embargo la desgracia, andando sobre él, bien como tigre que se aferra sobre el elefante, le siguió y le devoró sin consumirlo muchos años. Ese antiguo estaba en la última vida como Job: por la inteligencia, la sensibilidad, la virtud y las desgracias, iba a entrar en la categoría de los entes superiores, después de haber vivido siglos en mil formas.

¿Quién negará el influjo de una divinidad recóndita sobre ciertos individuos providenciales? Ni el talento, ni la habilidad, ni el trabajo pueden nada contra su suerte; suerte negra, en cuyos laboratorios no se destilan sino lágrimas para los predilectos de la naturaleza, y vino de Chipre y ambrosía para los hijos de la fortuna.

III

BENVENUTO CELLINI

Había en otro tiempo en Florencia un poeta que hacía epopeyas de bronce y de plata; epopeyas que viven aún en los museos de esa ciudad, primera entre las más famosas. Cada figurilla de metal de las de Benvenuto Cellini es un canto de poema, si ya no la saboreamos como suave madrigal que encierra en sus entrañas

la flor de los panales del monte Hibla. Los que viajáis por la Toscana, llegaos al palacio Pitti y llamad a sus puertas: esa roca negra, escarpada, abrupta, es un palacio de los más espléndidos con que los Médicis enriquecieron la ciudad de su cuna. Allí, en los departamentos a pie llano, hay un museo sobre el cual habitaba el Gran Duque esas salas magníficas que hoy están desiertas: en ese museo topáis a cada instante con las obras de ese mágico que, volviendo cera entre sus dedos los metales, ha dado batallas en bronce, figurado entradas reales, coronaciones de pontífices y otras grandes escenas de la grande vida. Pasos mitológicos que os llenan de satisfacción: Citerea, desnudos brazos y piernas, está sonriendo con labios donde el amor da mil vueltas encantadas en forma de serpientes divinas: Cupido, pequeño, gordo, crespo, una banda en los ojos, va, y dispara sobre una ninfa que cae herida de amor en el lecho del placer: las Gracias, en grupo seductor, cogidas unas con otras, se están contemplando cada cual su cuerpo, como para cubrir con la mirada su desnudez, de la cual, por otra parte, quedan satisfechas. Las Musas, coronadas de rosas, no tienen por qué agacharse avergonzadas, pues son inocentes, y no delinquen ni con la imaginación ante su reina y directora la inmaculada Vesta. Benvenuto Cellini, poeta de la piedra y el metal, tiene genio para el bajo relieve: el cincel de Miguel Angel, ese instrumento cargado de la inspiración grande, la inspiración épica con que desbasta un trozo de mármol de Carrara a golpes de cíclope y arranca de sus entrañas un profeta vivo; ese cincel sería el martillo de Encélado para el delicado labrador de figurillas celestiales.

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
INTRODUCCIÓN	3
De la belleza en el género humano	
LA ADOLESCENCIA FEMENINA.....	5
EN LOS SERRALLOS.....	6
LA DESNUDEZ.....	11
La Flor de Nieve.....	15
Del Genio	
GENIO É INGENIO.....	25
EL VIEJO HOMERO.....	28
BENVENUTO CELLINI.....	29

Biblioteca Academia Argentina de Letras



DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

- | | |
|------------------------|------------------------------------------|
| 1. ALMAFUERTE | Evangélicos |
| 2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| 4. JUAN PEDRO CALVO | Breviario de los Tristes |
| 5. LAO - TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| 7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| 9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| 10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONEILLI | Aguafuertes del Zoológico |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

AÑO SEGUNDO

- | | |
|----------------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canzones y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amorosas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BETANCORT | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 19. MARIANA ALCOFORADO | Cartas Amatorias |
| 20. GIOVANNI PAPINI | La oración del buzo |
| 21. JOSÉ INGENIEROS | La intimidad sentimental |
| 22. FRAY MOCHO (José S. Alvarez) | Cuentos |
| 23-24. RAFAEL OBLIGADO | Santos Vega |

AÑO TERCERO

- | | |
|-------------------|--------|
| 25. JUAN MONTALVO | Prosas |
|-------------------|--------|

Cuaderno de próxima publicación:

Odas Bárbaras de Giosué Carducci.
Versiones de B. Contreras.

SUBSCRIPCIONES:

SEMESTRE \$ 1.50 m/n. -- AÑO \$ 5.00 m/n.
Número suelto 0.25 centavos
" atrasado 0.40 "

OFICINAS: SÁENZ PEÑA, 176 — BS. AIRES